

Lámpara y espejo de Gijón

LA NUEVA ESPAÑA viene a ser como una caracola de mar en la que se pueden oír los latidos vitales de la ciudad

Luis MEANA

Se cumple un cuarto de siglo del nacimiento de LA NUEVA ESPAÑA de Gijón. Un hecho probablemente diminuto pero que fue mucho más que una nimiedad: vino a ser como si, a esta ciudad milenaria y de marcada personalidad, la oculta mano del destino—es decir, las fuerzas empresariales conscientes y los impulsos inconscientes de la historia— le hubiese concedido el Documento Nacional de Identidad, con lo que nuestro querido Gijón milenario dejó de ser una ciudad-niño. Antes de ese cambio, esta aldea cantábrica había sido, durante más de cien años, un espíritu en blanco y negro: negro como el carbón y blanco como la espuma de sus olas. La música—histórica y política— que salía del corazón herido de la ciudad no era precisamente una sinfonía de Mozart. Era, más bien, un tatachunda monótono y anacrónico, compuesto de dogmática socialista, martillos pilones, sirenas industriales, chirridos de grúas, y roncós bocinazos de barcos que levaban anclas con la barriga llena de acero.

El efecto primero del sonado advenimiento de este periódico a Gijón fue que

la ciudad salió de ese blanco y negro para entrar en el tecnicolor. Que es el color de la modernidad, de lo cinematográfico, de la actualidad, el irisado reflejo de las continuas metamorfosis del mundo, en una palabra, la variada policromía de las sociedades democráticas modernas. A esa policromía ha contribuido sustancialmente este periódico durante 25 años, sin desprecio, celos o negación de las coloraturas ajenas. Que también son gente. En todos esos años el periódico se ha dedicado a lo suyo: a añadir sus propios colores al lienzo vital de Gijón, según el aparecer y desaparecer, el nacer y el morir de los sucesos de la vida de la ciudad. Con otras palabras, ha pintado cada día para los gijoneses, sin distinción alguna de clases, ideologías, orígenes o géneros, el cuadro policromado de la vida local, aunque sin perder nunca de vista lo universal. Actualmente más determinante que nunca. En eso consiste un periódico.

El mundo en el huracán

Cuando se cumplió el vigésimo aniversario del aterrizaje de este periódico en Gijón, escribí que ese nacimiento había

supuesto una osadía: venía a ser como poner un faro en el Piles. Evidentemente, la osadía era relativa, dado que resultaba bastante imposible oír el palpitante del alma convulsa de Gijón desde una distancia, mínima pero sideral, de unos treinta kilómetros. Sólo cinco años después hay que corregirse: el tema ya no es Gijón, ni siquiera Asturias. El gran tema es hoy el mundo. Que está en medio de un huracán: en el “shock” de la Posverdad y en el tifón de los más peligrosos surrealismos políticos. Así que la altiva fortaleza monoteísta de la prensa—un olimpo hecho de frases— se está licuando como un azucarillo, y los sólidos faros de opinión se han vuelto flácidas hojas de papel, que, zarandeadas por los vientos huracanados del porvenir, flotan temblorosas llevadas por el aire por la atracción gravitacional de lo banal. El nombre de ese huracán se puede desvelar: se llama mundo digital, Internet, Google, inteligencia artificial, fin del papel, y otras cosas parecidas. Con lo que ese faro un día poderoso y altivo como un castillo está siendo carcomido, como Hamlet, por la duda de ser o no ser, vive en el ataque de nervios y sufre angustiada desorientación.

De la Cristiandad a la Poshumanidad

Conviene decirles a esos faros y a sus algo atemorizados fareros que a estas galernas las llamó, hace ya muchísimos años, el gran historiador J. Burckhardt “crisis históricas”. Por cierto, contemporáneo estricto de Marx, nacidos con pocos meses de diferencia, más escéptico que él y, sospecho, bastante más acertado en sus pronósticos sobre la historia. Nadie dice esto, pero la famosa crisis económica de 2008 no fue una mera crisis de la economía, fue la primera mordedura de esa crisis histórica. No Gijón, no Asturias, el mundo entero está entrando en tierra absolutamente ignota, y es propio de esas transiciones que surja un sentimiento de gran inseguridad y muchísimas incertidumbres. La cosa podría resumirse así: el mundo está pasando de la Cristiandad a la Poshumanidad. Que no sabemos qué es, ni menos todavía cómo va a ser. Pero de una cosa, me parece, podemos estar seguros: se trata de un cambio gigantesco, poco comparable a los vistos en el pasado, quizá sólo semejante a la tremenda transición del Imperio Romano al Cristianismo. No puede sorprender, por tanto, que los

periódicos estén semicatatónicos y que hayan pasado del vértigo de la altura al vértigo de la inseguridad.

No se debería, sin embargo, olvidar cuál es la naturaleza de un faro: está para orientar en la oscuridad, iluminar en las tinieblas y ayudar en las graves vicisitudes. Por suavizarle el susto a la prensa, podemos cambiar esa metáfora del faro por otra, clásica, aún mejor. Ésta: un periódico es espejo y lámpara de los acontecimientos. Espejo porque refleja instantáneamente la vida, en este caso de Gijón. Y lámpara porque es una luz que penetra en los ocultos pliegues de la realidad para desvelarnos lo invisible de los acontecimientos. LA NUEVA ESPAÑA vino a esta ciudad, sabiéndolo o sin saberlo, para eso: para ser espejo y lámpara de Gijón. Incluso a pesar de todos los defectos, cabe decir que este periódico ha cumplido con esa función. Seguramente, podría haberla hecho mejor. Vale. Ninguna obra humana es excelsa. Pero, con sus insuficiencias, este periódico ha contribuido a hacer algo necesario: reducir cierto “ombliguismo” exacerbado que había y hay en Gijón. Y, por cierto, también en Asturias. Y desinflar un

poco un victimismo localista que, teniendo siglos de justificación, se desliza con facilidad hacia la exageración.

El mito de la metamorfosis

Pero hay más. Estas páginas han luchado contra una curiosa variante algo posmoderna del grandonismo gijonés. Me refiero a esa extendida ideología—a la que recientemente hemos visto en gran ebullición— que propaga que un par de “dioses” políticos llevaron a Gijón a una metamorfosis total. Confunden fondo y forma, ser y parecer. Lo que ha acontecido en Gijón ha sido un enorme cambio cosmético: maquillaje, coloretes, lacas, cardados, cremas, magias visuales, prestidigitaciones urbanas, o estilismos ciudadanos. Resultado: parecemos Pasadena. Pero no lo somos, claro. Poco, o casi nada, ha cambiado la ciudad en lo medular: seguimos sin saber cuál tiene que ser su rumbo futuro; seguimos sin saber de qué va a vivir o cómo puede encontrar su sitio en el mundo globalizado; desconocemos qué se va a ofrecer a los hijos jóvenes de la ciudad, aparte del drama de la emigración, que nos aseguraron no iba a producirse. Sería, por tanto, muy de agradecer más con-

Con el advenimiento de este periódico, Gijón pasa del blanco y negro al tecnicolor. Durante 25 años estas páginas han pintado cada día para los gijoneses el cuadro policromado de la vida de la ciudad

Parecemos Pasadena, no lo somos; seguimos sin saber cuál tiene que ser el rumbo futuro de Gijón, cómo va a encontrar su sitio en el mundo globalizado y qué se va a ofrecer a los jóvenes, aparte de la emigración

Estas páginas han luchado contra una curiosa variante del grandonismo gijonés, esa extendida ideología que propaga que un par de “dioses” políticos llevaron a Gijón a una metamorfosis total

La playa de San Lorenzo, dañada por un dique que corta criminalmente el rostro de la bahía gijonesa. | MARCOS LEÓN

viamente me hubiese asegurado, con la máxima y más concienzuda atención, de que, delante de los fusiles, no hubiese ni una sola persona, incluso ni siquiera un solo ser vivo, salvo periodistas”. El remedio a todo eso está en el mismo Kraus: explicó que un autor (y por derivación, un periódico) existe para apresar los sonidos y murmullos de la contemporaneidad y meterlos en un estilo propio, que al principio incomoda pero a la larga es como la caracola con la que es posible oír la música que suena en el océano de los acontecimientos. Así que, a pesar de tanta crisis y de tanto desasosiego, la esencia del periodismo sigue donde estaba. Fuera del basurero. El basurero son, por ejemplo, las llamadas redes sociales, una cloaca sin filtro ni autorregulación.

Siempre nos quedará Tocqueville

En cualquier caso, como en las películas de amor, siempre nos quedará París. Es decir, el gran Tocqueville. Quien describió incomparablemente las virtudes que hacen decisivo a un periódico, incluido uno de Gijón: “sería disminuir su importancia [la de los periódicos] creer que sólo sirven para garantizar la libertad, mantienen la civilización”. Y sigue: un periódico es la voz del individuo colectivo: “sólo el periódico puede llegar a depositar al mismo tiempo el mismo pensamiento en mil mentes”. Y es personalidad y autoridad: “se puede decir que los periódicos hacen en [los países democráticos] las veces de grandes señores”. O sea, “hablan en medio del silencio universal, actúan en medio de la impotencia común y toman la iniciativa cuando nadie se atreve a tomarla”. Parece imposible definir mejor lo que tiene por delante la prensa escrita. Si lo cumple, que Dios se lo premie. Si no lo hace, que se lo demande. Ese programa se llama hoy lucha por la Verdad. Convertirse en muro de contención de la peste más contagiosa y mortal de nuestro tiempo: la Posverdad. Los populismos. Que consisten en considerar a la mentira más válida y beneficiosa que la verdad, en aniquilar y despreciar los hechos, y en negar el valor de las pruebas. En el eterno dilema entre libertad y verdad, lo prioritario no es hoy, como lo fue durante tanto tiempo, la defensa de la libertad de opinión. Hoy la urgencia está en el otro cuerno del dilema: la verdad. Lo describió muy lúcidamente, en circunstancias históricamente muy oscuras, el escritor alemán Tucholsky: “nada es más difícil y nada necesita más carácter que encontrar que uno está en abierta contradicción con su tiempo y decir en voz alta: no”. Eso es lo que le queda por delante a LA NUEVA ESPAÑA de Gijón: mostrar carácter, decir no a todas las mentiras que puedan destruir la ciudad. Levantar la voz cada vez que alguien quiera romper el espejo que refleja su espíritu, o que venga a apagar la luz en la que palpita su futuro.



CAJA RURAL DE GIJÓN diferente
www.ruralvia.com/gijon

¡Enhorabuena por esos 25 años informando a los gijoneses!

¡Feliz aniversario!

TRESA
ASCENSORES | LIFTS

